

SANTANDER EN AMERICA

Discurso a nombre de las Academias nacionales, en la velada del 6 de mayo de 1940
en el Teatro de Colón de Bogotá.

Por LAUREANO GARCÍA ORTIZ

De ordinario, cuando debo dirigirme sobre asuntos históricos a un concurso benévolo, prefiero hablar y no leer. Se habla con más libertad, con más espontaneidad; si bien con menos corrección, sí con más viveza y agilidad. Pero en esta ocasión tan señalada y excepcional, y por la representación enaltecedora y abrumante al propio tiempo, que aquí me trajo, me veo obligado a ser muy precavido en el concepto y la expresión, muy medido y... también muy pesado.

Es impresionante considerar en el tiempo la corta vida de los dos varones egregios que crearon y plasmaron esta nacionalidad colombiana: Bolívar, el Libertador, y Santander, el Hombre de las Leyes. Cortas vidas, una y otra, tan intensas y tan fecundas, y ambas caben de sobra en una vida de hombre ordinaria e insignificante, como la de quien comienza en este instante a abusar de su auditorio.

En efecto, a mí tocóme en suerte, por orden superior, en el año 1883, como estudiante entonces, farfullar una tesis con pretensiones de científica, en homenaje de mi escuela universitaria, para el centenario del nacimiento del Libertador; y cuarenta y siete años más tarde, en 1930, en esta misma sala y en una noche como ésta, con el carácter de presidente de la Academia Nacional de Historia, tocóme también conmemorar el centenario de la muerte del más grande de los americanos.

En 1892, en hora oscura de ingratitud oficial, que no nacional, con millares de compatriotas, a los cuales se unieron para salvar el honor patriótico de su partido en el parlamento, en la prensa y en el municipio capital, con elegante gallardía colombiana, entre otros, Carlos Martínez Silva, Jorge Holguín, Juan Manuel Dávila, el presbítero Antonio José de Sucre, Eduardo Posada y Eduardo Restrepo Sáenz, tocóme sentir a la par de esos millares de corazones, con pasmo y profundo dolor patrio, que se pretendiera hacer pasar en silencio la efemérides de la cuna de un niño que trajo al mundo, por misión providencial, contribuir como el segundo a la independencia de su patria e imprimirle a ésta para siempre, como el primero, el sello del orden legal y de la fe democrática. Y hoy, cuarenta y ocho años después, tócame por obligante e innecesaria designación, hecha en

mí por ilustres y beneméritas academias y sociedades sabias, darle expresión, no digna, pero sí sincera, al sentimiento nacional de gratitud que en ellas alienta en esta solemne y significativa rememoración, en esta misma sala, en lo antiguo llamada Coliseo, donde el general Santander salvó por segunda vez la vida de Bolívar en las vísperas de la conjuración de septiembre, en esta misma sala donde la noble y generosa actitud de Santander puso a salvo la invaluable existencia del Libertador y libró a Colombia de una mancha indeleble.

La opaca ofrenda que rendí a Bolívar hace diez años, debo rendirla hoy a Santander.

De Bolívar todo se ha dicho, todo lo que se diga es redundante. Su gloria ha sido ya capitalizada, contabilizada por la humanidad entera. Su nombre figura ya en el mundo sideral: lo lleva un astro.

Hoy le toca a la actual Colombia, a la antigua Nueva Granada, en memorioso centenario, evocar ante la nación y ante América, con honda gratitud e íntimo cariño, la figura procerca del más grande de los colaboradores de Bolívar, en concepto de éste mismo.

El Libertador quiso asociarse expresa y elocuentemente a Santander y Sucre para constituir la trinidad sobrehumana que según él llevó a cabo la independencia de América. Insistiendo más tarde en el mismo concepto, le dice a Santander: "Usted y Sucre son los hombres de Colombia para el mando supremo." Todavía mes y medio más tarde agrega: "Sucre, después de usted, es el primero de los hombres, aunque todavía no tiene conocimientos de administración ni de negocios diplomáticos. Usted debe dar consistencia a Colombia, y Sucre fundar a Bolivia."

Debo declarar que esta reserva de Bolívar respecto a las capacidades de Sucre, no la habría ratificado aquél cuando el incomparable mariscal dio su medida en el gobierno de Bolivia y en la conducción de la guerra y de la paz colombo-peruana en Tarqui.

Por disposición natural, soy poco inclinado al panegírico, a la palabrería insustancial del elogio gastado y me repugna también la diatriba gratuita y efectista. Una y otra cosa nacen y crecen silvestres en naturalezas vulgares y tan sólo impresionan a los intonsos y a los pobres de espíritu.

Pero doy gracias a Jesucristo porque su bendita doctrina, anidada en mi alma, la haya conformado para la abierta hospitalidad que así da abrigo al uno como al otro culto de los dos padres de Colombia. Entre mis penates, en el oratorio de mis dioses lares, en el retiro de mi ciudad de los libros, hállanse altares humildes y pobres como míos, consagrados al emperador Marco Aurelio con sus estoicas virtudes paganas, a Pascal con sus sublimes virtudes cristianas, a Leonardo de Vinci con sus fascinadoras virtudes estéticas. Por tal conformación puedo darle a cada cual lo que es suyo, y doblegarme ante la memoria imperial de Bolívar y ante la noble y robusta efigie de Santander.

La visión genial, la constancia cantábrica del uno, y la incontrastable entereza, el granítico carácter del otro, crearon esta dilecta Colombia, llamada a inconmensurables destinos. El sentido oculto

de la naturaleza sabe conciliar los contrarios, combinar fuerzas sólo en apariencia antagónica, formular síntesis de completa y maravillosa armonía. Quien no pueda o no sepa ver las cosas así, jamás podrá pretender a encontrar la clave de la historia ni aspirar a ello.

Tanto al Libertador como al Hombre de las Leyes, les podríamos apuntar defectos de carácter y pecados privados y públicos, porque ni el uno fue san Simón ni el otro san Francisco. Pero tales flaquezas humanas no alcanzan a balancear los servicios sobrehumanos que ambos prestaron a Colombia. ¿Y qué mucho, si se dice que en la corte celestial se hallan santos que no lo fueron durante gran parte de su vida, y otros que siempre fueron intolerantes, malhumorados, antisociales y antihigiénicos?

No seré yo quien ahora pretenda hacer de mi propia cosecha el juicio acertado y equitativo del general Santander ante este ilustre y selectísimo concurso. No me atrevería yo a tanto. Convocaré sí al más fehaciente y excepcional de los testigos y al único juez definitivo. Así, pues, no será a mí a quien escucharéis: será a la voz de la posteridad, al fallo de la historia, al inapelable consenso nacional.

*
* * *

Oigamos a Bolívar textualmente, "duca e signore", de sagacidad y penetración excepcionales, conocedor de los hombres como nadie, interesado en no equivocarse en su juicio sobre el más importante de sus cooperadores, en los días decisivos, cuando jugaba su destino y su gloria y los destinos de América.

Bolívar escribía a Santander desde el Socorro, el 25 de febrero de 1820:

"Vuestra excelencia, después de haber tributado a su patria los servicios más esclarecidos, ha puesto el colmo a su gloria por su moderación, obediencia y desprendimiento. V. E. estaba llamado por su nacimiento, valor, virtudes y talento, a ser el primer jefe de la nación granadina, pero V. E. ha preferido ser el primer súbdito de Colombia. Yo, que sé más que ninguno a cuánto tenía derecho V. E. a aspirar, me asombro al contemplar cuánto ha renunciado V. E. por aumentar sus títulos a la gratitud nacional, títulos que ya parecían completos. ¿No fue V. E. el primero que restableció el orden y una sabia administración en las provincias libres de la Nueva Granada? ¿No fue V. E. el primero en apresurarse a dar el complemento a su libertad? ¿No fue V. E. el primero en abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? ¿No fue V. E. el primero en derramar su sangre en Gámeza y el primero en Vargas y Boyacá en prodigar su vida? ¿No ha justificado V. E. mi elección por su inteligencia, economía y rectitud en el gobierno de la Nueva Granada? Es pues V. E. el más acreedor a la gratitud de Colombia, que por mi órgano la manifiesta a V. E."

De Lima, a 9 de febrero de 1825:

"Supongo a usted muy ocupado con su congreso; quiera Dios que salga de él como de los otros. Cuanto más considero el gobierno

de usted, tanto más me confirmo en la idea de que usted es el héroe de la administración americana. Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre, y eminentemente correcto, y eminentemente fuerte. Es un gigante que marcha al nacer, combate y triunfa. Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salidos dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia, los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades, usted el hombre de las leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote y Colombia con los tres. ¡Feliz madre que nunca pudo dejar de tener un hijo que le sirva de báculo!...

De Arequipa, en carta principiada el 30 de mayo y continuada el 7 de junio de 1825:

“Las seguridades que usted me da de paz y tranquilidad en Colombia es lo más interesante de todas las cartas de usted; porque, sin duda, es un gran consuelo el saber que, en medio de todo, la república se salva después de tantos naufragios; pero en medio de estas bonanzas encuentro un horrible precipicio.

“Usted me habla de retirarse del servicio público a causa de sus cólicos. No, amigo: usted no debe ni puede retirarse. Usted es el necesario para la marcha de la república. Usted debe morir en el tribunal, como mi destino es morir en el campo de batalla. Sin usted, ¿qué sería de Colombia, qué sería de nuestro ejército y que sería de mi gloria? Diré a usted francamente que si yo no hubiera tenido a usted para defender con sus talentos y con su energía mi obra, ya habría sido arruinado. Y creo más: sin usted y conmigo, no se hubiera perfeccionado bien. Yo no soy administrador, y además soy poco sedentario para sufrir el bufete. Por lo mismo yo hubiera destruido la obra de mis compañeros de armas por falta del carácter de usted, de su capacidad para manejar los negocios públicos. Así repito: usted es el hombre necesario de Colombia.”

Y más adelante:

“Estando en esto he leído *El Colombiano* de Caracas, de 19 de enero, que habla de los candidatos para la presidencia, y me ha llenado de indignación el ver la ingratitud con que le pagan a usted esos señores, después que ha hecho usted el milagro de plantar leyes en un país de esclavos y establecer la libertad en medio de la guerra, la revolución y las cadenas; veremos si otro hace lo mismo. Por mi parte, estoy bien resuelto, primero, a no admitir la presidencia de ningún modo, pero infinitamente menos si nombran a otro vicepresidente, porque yo sé muy bien que por mucha capacidad, talentos y virtudes que tenga otro ciudadano, lo que es, es, y lo que no es, no es. Quiero decir: usted es un excelente vicepresidente y todavía no conozco otro más que a usted; por consiguiente, por mucho que yo quiera a Briceño, como usted sabe que lo idolatro, no quiero meterme a conocer en el Orinoco nuevos nadadores que me salven, cuando usted ha nadado tan bien que me ha sacado de sus olas. Esa gente

quiere perderse a vista de ojo, como dicen. Buen provecho si así les sucediese. Por mi parte he cumplido todo lo que he podido, y si no quieren continuar bien, me lavaré las manos. Mi resolución está bien tomada, y crea usted que no variaré. Tengo la esperanza de que en la Nueva Granada le harán a usted justicia, a menos que los envidiosos se multipliquen también por allá.”

De Arequipa (nota oficial), 8 de junio de 1825:

“Yo me congratulo a mí mismo, a mi patria y a V. E. por el término de una empresa que colma de bendiciones al pueblo, de laureles a los soldados y de gloria al gobierno que ha sido el arquitecto de esta prodigiosa creación. El ejército en el campo y V. E. en la administración, son los autores de la existencia y de la libertad de Colombia. El primero ha dado la vida al suelo de sus padres y de sus hijos. V. E. la libertad, porque ha hecho regir las leyes en medio del ruido de las armas y de las cadenas. V. E. ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo esclavo puede ser libre. V. E., pues, merece la gratitud de Colombia y del género humano. Acepte V. E. la mía como soldado y ciudadano.”

De La Paz, 8 de septiembre de 1825:

“También he visto que los departamentos del sur piensan en usted para vicepresidente. Si usted no sale reelecto no me encargo de la presidencia, porque no quiero que otro me pierda. Usted y Sucre son los hombres de Colombia para el mando supremo.”

De Potosí, 21 de octubre de 1825:

“Yo deseo francamente recibir los sufragios de mis conciudadanos, pero más deseo aún salir de la presidencia para quedar libre de hacer lo que me convenga, sin tener que dar cuenta a nadie, pero a condición de que sea usted el presidente y no Montilla, ni aún el mismo Briceño. Tampoco deseo que lo sea Sucre, que después de usted es el primero de los hombres, aunque todavía no tiene conocimientos de administración ni de negocios diplomáticos. Usted debe dar consistencia a Colombia, y Sucre fundar a Bolivia.”

De La Magdalena, 29 de marzo de 1826:

“He recibido dos cartas de usted, todas del seis de enero, que he visto con infinita satisfacción, porque en ellas me promete aceptar la vicepresidencia si el congreso lo nombra, cumpliendo con el voto nacional. Esto es todo lo que yo esperaba, con deseo, con ansia e, impaciencia. Doy a usted las gracias por esta promesa salutífera para Colombia. ¡Qué mensaje! Esto es bueno, esto es bello, esto es grande, como dice el abate De Pradt. Usted reúne en él la sequedad diplomática y oficial con las cosas útiles y las palabras hermosas. Me parece el mejor de todos los que ha dado la América, inclusive el mío del año pasado, porque éste es más propio que el mío.”

De La Magdalena, 23 de mayo de 1826:

“Digo además que mi negativa a aceptar la presidencia no puede producir ningún mal público, porque usted ha dirigido la nación en el último período, temible a la verdad, con acierto y con fortuna: que usted ha colmado la esperanzas de la patria, y que sería preciso ser muy obcecado para no rendir a usted el tributo de aprobación que le debe toda Colombia.”

De La Magdalena, nota oficial, 4 de junio de 1826:

“Con sumo gozo he recibido el honroso pliego en que me comunicáis vuestra reelección. La sabiduría de Colombia ha colocado a su patria por este acierto fuera de las convulsiones internas. Al continuaros en el mando de la nación ha querido que la llevéis por la senda de las leyes, a obtener el complemento de la felicidad y de la gloria que le han dado vuestra administración y los legisladores.”

Cuando Bolívar escribía esta carta y cuando ella llegó a manos de su destinatario, ya los enemigos de Santander y de Colombia habían prendido la hoguera de la discordia y de la separación en Valencia, contra el querer de patriotas y clarividentes venezolanos acordes y unidos a Santander. Los autores de ese crimen político estaban encabezados por el general Páez, el prestigioso, corajudo e ignorante centauro, y por su consejero, el doctor Miguel Peña, abogado maligno y astuto intrigante, condenado dos veces por el senado de la república por prevaricación, estafa y abuso de confianza, genitor principal y natural de todos los enemigos entonces y más tarde el Hombre de las Leyes.

Bolívar no quería ni estimaba a esos hombres, ni podía aprobar esos actos. Los improbió en una extensa y admirable carta suya para Páez; pero la rebeldía de éste y de sus secuaces contra la constitución y la ley, creaba una situación de hecho que le permitía al Libertador, a la medida de su deseo y del propósito que traía del Perú, cambiar la constitución de Cúcuta por la que él había ideado para Bolivia. Aquella constitución republicana y democrática que, aplicada por Santander, días de gloria y de estabilidad le había dado ya a la nación, proyectaba cambiarla por su constitución boliviana, calificada en parte como monárquica por el propio Bolívar en su correspondencia; en realidad aristocrática, jerárquica, de poderes vitalicios, anacrónica y no experimentada, abandonada tan pronto como se implantó en Bolivia y en el Perú. Como los pueblos de la Gran Colombia, en ninguna parte la quisieron, como bien se vio en la Convención de Ocaña, rota la unión, necesaria y fatalmente vino la dictadura, apoyada únicamente en el ejército. Santander encarnaba y significaba ante el país la vuelta a la república y al régimen legal.

Distanciados, alejados Bolívar y Santander, enardecido aquél por chismes de aduladores e intrigantes, resentido éste por insultos y desaires, la dictadura quiso complicar a Santander en una conspiración que nunca tuvo su asentimiento, y habiendo éste salvado en esos días dos veces la vida del Libertador, una en Soacha y otra en

esta sala, el ministro de guerra, enemigo de Santander, árbitro y único juez de la causa, condenólo a muerte, a la degradación y al embargo de sus bienes, sin oírle defensa. No subió al patíbulo porque la voz honrada del ministro Restrepo se alzó la primera, quizá la única, en el consejo de gobierno, contra semejante inicuo atentado que comprometía el honor del país y la gloria de Bolívar. Se le cambió la muerte por el destierro, dejándole vivas las otras penas, pero arbitrariamente se le llevó a prisión indefinida en los calabozos del castillo de Bocachica. Más tarde el ilustre don Joaquín Mosquera y el incomparable mariscal de Ayacucho, a fuerza de empeños lograron sacarlo de cadenas y que siguiera desterrado al Viejo Mundo.

Desaparecido Santander del escenario político, sus enemigos de Venezuela se tornaron inmediata y lógicamente en enemigos acérrimos de Bolívar. Aduñados allá del poder, le notificaron acerba y escandalosamente a Nueva Granada que mientras el Libertador de América pisara el suelo de su patria, el gobierno venezolano no mantendría relaciones con el gobierno de Bogotá.

Herido Bolívar, más que con puñales, con la apreciación clarísima de su error, de su equivocación irreparable, un mes completo antes de su muerte, en carta fechada en Barranquilla el 16 de noviembre de 1830, dirigida al general Rafael Urdaneta, dijo: "El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos." Ya en carta dirigida de Soledad, el 31 de octubre del mismo año, al general Justo Briceño, había estampado una frase casi idéntica. Tal fue el fallo irrevocable del Libertador, que ninguna alma americana, elevada y consciente, puede desconocer y poner en tela de juicio; y tal es la historia, la única historia real y verdadera.

Muerto en Santa Marta el excelso Libertador, sus amigos como sus adversarios, a excepción del grupo reducido de sus aduladores chismosos, factores responsables de tantos males y de tan pálido crepúsculo, amigos y adversarios, unos y otros, con pasmosa generalidad, se volvieron hacia Santander como el hombre necesario (así lo había llamado Bolívar) para la hora histórica más peligrosa, delicada y trascendente que la nación pudiera atravesar. Y él vino de países extraños y pisó la tierra patria en el mismo legendario puerto que el Libertador acababa de consagrar para siempre con el último latido de su corazón soberano.

Santander, con la misma mano firme que ya conocía la república, tomó el timón del gobierno, cumplió todas sus promesas, llenó las aspiraciones generales de sus conciudadanos, y supo defender los intereses y el honor de su país ante amenazas de naciones poderosas.

Por tales razones la nación entera se halla hoy de pie, en día centenario, inclinada ante la tumba de su hijo hepónimo y predilecto.

Si el Libertador pudo tener enemigos en Venezuela, no es de extrañar que Santander los tenga en Colombia. Peor para aquéllos y peor para éstos. Las dos patrias, heroicas y santas, los perdonen.

Después del ático testimonio del Libertador, cualquiera otro sobraría. Los primeros historiadores, consagrados como tales, son

favorables a Santander en muchas cosas; pero es vivamente interesante que las revelaciones, durante ya casi un siglo de documentos y archivos aparecidos después de la muerte del prócer, hayan servido para rectificar viejos cargos y corregir a aquellos historiadores primitivos en lo que no fueron favorables. Y aún es más dicente y significativo que el odio desvelado e implacable no haya sabido ni podido encontrar nuevos cargos. Tanto es así, que en Venezuela misma —campo muy propicio enantes para la memoria de Santander— han aparecido nuevos e ilustres historiadores, entre ellos Gil Fortoul, Eloy G. González, Tavera Acosta, Vicente Dávila, que con sagaz inteligencia y elegante imparcialidad han puesto en claro puntos que parecían oscuros y justificado a Santander en no pocas de sus actuaciones incomprendidas o erradamente interpretadas. Pero si en Venezuela verdaderos historiadores, en vista de nuevos documentos fehacientes, han hecho justicieras rectificaciones, en esta moderna Colombia han aparecido detractores de Santander, que repiten textualmente y retiñen anónimos congelados anteriores a 1840, como si el agua no hubiera corrido bajo los puentes.

Pero fuera de los historiadores profesionales, más o menos próximos a la certeza, en esta nuestra patria guardamos como oro en paño testimonios conscientes, ilustrados y sinceros, en honra y gloria del general Santander, suscritos y afirmados por eminentes varones que lo conocieron muy de cerca o que se informaron en fuentes clarísimas, y que se llamaron Monseñor Estévez, el virtuoso Obispo de Santa Marta y presidente del Senado; Monseñor Mosquera, el egregio Arzobispo de Bogotá; don Rafael Mosquera y Hurtado, que con su nombre, su persona y su saber, honró los principios conservadores; los ilustres conservadores don Angel y don Rufino José Cuervo; el sabio doctor Manuel Uribe Angel; el eminente en América doctor Salvador Camacho Roldán; el sagaz publicista Felipe Pérez; el noble estadista Carlos Martínez Silva; el fuerte varón Rafael Uribe Uribe; el integérrimo Presbítero Antonio José de Sucre; la maravillosa pluma de Marco Fidel Suárez, y una legión de buenos ciudadanos que bien conocieron los sucesos patrios y bien apreciaron la persona del Hombre de las Leyes.

En cambio, entre los detractores sus contemporáneos, sólo puedo anotar al doctor Miguel Peña, reo rematado, condenado por alzamiento de dineros públicos, y al doctor Eladio Urisarri, pintoresco personaje, estafalario abogado, obseso y recalcitrante. Ambos fundaron el arsenal de donde todos los detractores de Santander, de antaño y de ogaño, extraen las calumnias e injurias que reproducen en pasquines siempre anónimos. Ha sido siempre característico de los enemigos del general Santander el anonimato o la careta, con excepciones insignificantes. Muchos de ellos, aunque firmaron con su propio nombre, no saldrían por ello del anónimo.

Fuera de los conceptos del Libertador, no sería discreto ni posible que me alargara citando las opiniones de los claros varones que ya nombré. Pero hay alguno que no puedo ni debo omitir por circunstancias peculiares que en seguida se verán.

Cuando en septiembre de 1819, a raíz de la batalla de Boyacá, el general Santander se encargó del gobierno de las Provincias Libres de la Nueva Granada, uno de sus secretarios fue el doctor Estanislao Vergara, abogado reputado, de bastante ilustración y muy consagrado a sus quehaceres. Parece que entonces, durante dos años, estuvo en excelentes términos con Santander. Pero al organizarse el gobierno de la Gran Colombia en 1821, con Santander como jefe efectivo, los ministros fueron otros. Vergara continuó sirviendo en puestos administrativos, en la Corte de Justicia y en el Congreso Nacional, hasta que Bolívar lo llamó de nuevo al gabinete en 1828. Como Ministro de Relaciones Exteriores sirvió a la dictadura, fue boliviano incondicional y el principal propulsor del proyecto de monarquía. En tal puesto halló justa la sentencia de muerte contra el general Santander, confirmada por el gabinete, conmutada en destierro, degradación y embargo de bienes, y agravada luego arbitrariamente con prisión indefinida en los calabozos del castillo de Bocachica. Sin duda más tarde tuvo el doctor Vergara ocasión de rectificar sus conceptos y reparar algunas de sus actitudes, pues en 1853, en un boceto biográfico del Hombre de las Leyes, publicado en *La Bagatela*, periódico de Vergara, y bajo su firma (números 24, 25 y 26, de 28 de febrero a 16 de marzo de 1853), se encuentran estos conceptos de valor excepcional:

“Exaltado este magistrado dictatorial (Bolívar) sobre los escombros de las garantías nacionales, el horizonte político se cubría más y más de negros y tenebrosos nubarrones, y el trueno de la conjuración estalló el 25 de septiembre de 1828, amenazando muy de cerca los días del general Bolívar. La opinión de los adictos de aquel magistrado señaló con el dedo al general Santander como autor de esa conspiración, y una docena de los más ardientes de ellos lo pidió como víctima; pruebas no hubo, y fue preciso que la clemencia hiciese las veces de la justicia para apartar el hacha del verdugo de tan ilustre cabeza. Expatriado de Colombia se le hizo sufrir una cruel prisión por siete meses en una de las fortalezas de Bocachica. La poderosa y benévola intervención del señor Joaquín Mosquera y del general Sucre le alcanzaron el término de sus padecimientos, y Santander se alejó de las playas de la patria para buscar un asilo hospitalario en la culta Europa.

“Con un caudal de luces y de experiencia, con un tesoro de ideas llenas de amenidad, Santander había llegado a esa edad en que los hombres instruídos en el libro de la naturaleza se convierten a la benevolencia, al mismo tiempo que su espíritu se había rectificado por el estudio y la observación. . . . La vigorosa constitución del general Santander prometía una vida de larga duración, a tiempo que una enfermedad interior minaba sordamente su existencia. Sin embargo, su espíritu no perdía su vigor. . . . Inclinado sobre su tumba superaba sus sufrimientos con la fuerza de su voluntad. . . . El último día de su vida fue el primero en que dejó de ocuparse en la independencia, en el honor y en la libertad de la Nueva Granada.”

Este testimonio del doctor Vergara, ya lo dije, es de valor excepcional, pues conoció íntimamente a Santander, lo vio de cerca en las duras y en las maduras, manteniéndose siempre en el corazón mismo de los sucesos; fue su cooperador entusiasta en el gobierno y luego su adversario político obligado. Trece años después de la muerte de Santander y dos antes de la muerte del propio Vergara, reposado y meditabundo, preparándose para la cuenta final, vino a rendir este solemne testimonio definitivo.

Siempre que se trate del origen de nuestra nacionalidad independiente y de las dos fuertes personalidades que la crearon, mediante su admirable y fecunda cooperación que perduró, para bien inmenso de la América, hasta el año de 1827, y de la cual es apenas muestra esa incomparable correspondencia que el insigne Belaúnde califica de maravilloso diálogo entre superhombres, se tropieza con la nunca bien lamentada separación de esas dos grandes almas en ese momento fatal.

La causa inmediata de tal alejamiento fueron la revolución encabezada por el general Páez en Valencia de Venezuela en el año de 1826, contra el régimen legal y contra la unión de la Gran Colombia y, por desgracia, las actitudes sucesivas y contradictorias del Libertador ante esos sucesos. Pero el fondo y sustancia del alejamiento de los dos prohombres, residió en un concepto fundamental distinto sobre el origen y la organización del sistema político, sobre la naturaleza del gobierno.

Pero tal divergencia, tan vieja como el mundo, tan natural y humana, que ha existido y perdurado siempre en todos los pueblos de la tierra y en todas las épocas de la historia, no puede ni debe ser considerada con criterio fanático, ni con temperamento pasional. hasta el punto de querer disminuir, descalificar y hasta difamar a uno u otro de los exponentes ilustres entre nosotros de esos dos conceptos políticos eternos.

Veámoslos al través de la historia. En Grecia, en esa maravillosa república ateniense, en un siglo luminoso, aparecieron simultáneos y rivales Temístocles y Aristides. El primero, genial caudillo que arrastraba tras de sí en el campo de batalla y en el ágora cívica a esa emotiva y nerviosa democracia de Atenas, sometida sólo al prestigio personal y discrecional de Temístocles. El otro, el varón austero, sometido a la regla y al consejo de la colectividad, de virtudes y pautas incommovibles, a quien los atenienses desterraron, cansados de oírlo llamar Aristides el Justo. Tal parecen dos símbolos anticipados del Libertador y del Hombre de las Leyes.

Trasladémonos en el espacio y en el tiempo a Roma, el más poderoso, el más ilustrado de los Estados antiguos. Allí César, el invicto dominador, que extendió los ámbitos del Imperio Romano hasta los lindes del mundo entonces conocido. Más grande que Alejandro como guerrero, más grande historiador que Salustio, y de consiguiente que Cornelio Nepote, casi tan grande orador como Cicerón, ídolo de las legiones y de las ciudades, muerto a puñaladas porque no cabía en el Imperio. Y allí mismo, más tarde, en esa Roma

inagotable, el emperador Marco Aurelio, filósofo, político y hombre de acción, ponderado y equilibrador, firme y sosegado. Los dos parecen encarnaciones proféticas de Bolívar y Santander.

Lleguemos a la línea divisoria de los siglos XVIII y XIX, y nos tropezamos con Napoleón, el genio universal y desbordante, en la guerra y en la política, que cambiaba el mapa de Europa y hacía reyes a sus hermanos y a sus mariscales, capaz de dominar, de encauzar y de hacer servir a sus miras y a su persona la más formidable revolución política y social que registra la historia, y que murió en el destierro, en isla árida y remota. Y del otro lado del Atlántico, Washington, el talento maduro, la sensatez hecha hombre, el milagro del buen sentido, echa los cimientos y erige en los aires la estructura política más sólida, más fuerte, más durable, más rica y más pacífica que las edades humanas han visto.

Y ahí se tienen, en proporciones guardadas y con idiosincrasias e ideologías diferentes, los modelos respectivos de las dos grandes figuras colombianas: Bolívar y Santander.

La diferencia entre los dos miembros de las parejas atrás enumeradas, consiste en que los primeros, brillantes como el relámpago, fugaces como meteoros esplendentes, dejan una estela de fuego, y su imagen y su gloria pueden acrecentarse, su obra se eclipsa a la par de su persona prepotente; los segundos, en su obra se perpetúan, fundan instituciones durables, y si no deslumbran, convencen.

Pero si barajamos esas enormes figuras, resultan muy pobres gentes las que desprecian a Temístocles en nombre de Aristides, muy ruines panfletarios los que desdeñan a Marco Aurelio en representación de César; estultos incomprensivos los que insultan a Napoleón por exaltar a Washington, y cínicos garrapateadores los que calumnian a Santander por glorificar a Bolívar. Unos y otros deformadores muestran su ceguera de topos en la apreciación de las grandezas humanas.

Sin Bolívar, Santander, por falta de teatro y de iniciativa, quizá no hubiera hecho nada memorable. Sin Santander, Bolívar, por falta de organización y de recursos, no habría podido coronar su obra de independencia. Pero en realidad de verdad, Bolívar fue el genio de la independencia del Continente, y Santander fue el varón de la libertad de su patria. Independencia y libertad no son la misma cosa. Bien hemos visto y estamos viendo que la independencia puede existir donde no reina la libertad.

En alguno de mis trabajos me esforcé en averiguar la fuente más directa y determinada del temperamento político de las dos parejas gloriosas del génesis de Colombia: Nariño y Bolívar por una parte; Camilo Torres y Santander por la otra. Mi tímido ensayo pareció concluir en que la primera pareja fue plasmada por Rousseau, la Enciclopedia y la Revolución Francesa; la segunda pareja por la tradición jurídica española, por el espíritu individualista y municipal de los viejos fueros de Castilla y Aragón, y por la organización

de las colonias inglesas que se independizaron en América. Se me preguntará qué fuente de libertad podría encontrarse en España. No me refiero a la casa de Austria, al reinado de Felipe II, al de Fernando VII. Hablo de la España racial y legendaria, cuyos cabildos fueron secularmente la mejor escuela del gobierno propio, y cuyos fueros intocables fueron causa y efecto de orgullosa dignidad individualista. Cuando en Inglaterra nadie soñaba con *Magna carta* ni *Habeas corpus*, ya en Aragón el justicia mayor, magistrado representante del pueblo, le exigía juramento al monarca así: "Cada uno de nosotros valemos tanto como vos y reunidos valemos más que vos; os hacemos rey, siempre que juréis respetar nuestros fueros y libertades, e si no non."

Bien se echa de ver que había más noción de libertad y de dignidad humana en el justicia mayor de Aragón, que en Marat y Robespierre.

No me es posible desarrollar ese tema en esta hora y en este sitio, pero yo sigo creyendo que el concepto de Bolívar era el de Napoleón, y que el concepto de Santander fue el de Washington.

Cualquiera cosa que sea, hay una certidumbre fundamental e indiscutible. El gran mérito, el gran servicio de Santander al espíritu americano fue su fe firme, consecuente e inmovible en los destinos de la república y de la democracia en el Nuevo Continente. De los supremos conductores de estos países, fue Santander el único que no vaciló, que no flaqueó en esa fe, que la marcha del Continente en un siglo parece afirmar.

Antes de adelantar en este paso quiero hacer una declaración: al registrar que muchos hombres de Estado latinoamericanos, casi todos, a raíz de la independencia, dudaron del porvenir de la república y volvieron sus ojos hacia las formas monárquicas, no envuelvo un cargo para quienes así pensaron, ni he dudado nunca del sentimiento patriótico que los inspiraba. Ciertamente que en tal período caótico y revuelto, en colectividades que apenas ensayaban desnudarse del sudario colonial, dominadas por caudillos de horca y cuchillo, que debían su predominio especialmente al sable y a la lanza, en presencia de la militarización consecuencial de la guerra, era legítimo y hasta justificado en pensadores políticos, recelosamente desconfiados, tímidamente previsores, tratar de buscar abrigo y seguridad a la sombra tutelar de las viejas instituciones monárquicas europeas. Preferían el orden regular y dinástico a la fuerza arbitraria, pasional, convulsionaria, de los caudillos de chafarote creados por la guerra. Temían un régimen que se llamara republicano y que no tuviera de la república sino el nombre; pensaban que una monarquía como la de Inglaterra asegura más libertades y garantías que las repúblicas italianas de la Edad Media y que las repúblicas latinas que acababan de surgir en Hispanoamérica.

A quienes así pensaban y en tal sentido obraron, no hay razón ni derecho para imputarles como delito sus querencias monárquicas.

Concretando el caso a Colombia, debemos contemplar con serenidad el problema de los ministros del Despacho Ejecutivo en 1828 y 1829, Castillo y Rada, Restrepo, Vergara y Tanco, hombres civiles, de tradiciones gubernativas y legalistas, uncidos al mismo carro, pero que no comulgaban con Urdaneta, el de Guerra, en ideas y prácticas; que aceptaban el poder discrecional de Bolívar, a quien veían ya muy próximo a la muerte, condenado a desaparecer en pocos meses y cuya desaparición, hallándose Santander en el destierro, abriría la dura alternativa de la lanza de Páez, el sable de Urdaneta, los lazos de Flórez o las espuelas de Montilla. Tan grave y tan apremiante problema fue lo que determinó las gestiones diplomáticas ante poderes europeos en busca de un príncipe para Colombia, quien debía suceder a Bolívar, todo ello sin duda con el conocimiento previo y la aprobación de éste.

Sólo cuando en el largo trayecto de Bogotá a Guayaquil, especialmente entre los prohombres de Popayán, pudo apreciar la opinión general granadina, reflejo de la de Santander, por entero contraria así a todo proyecto de monarquía, retrocedió Bolívar en ese camino y desautorizó a sus ministros.

Las circunstancias apuntadas pueden ser suficientes para explicar, si no para justificar, la veleidad monarquista de ese gabinete, cuya intención patriótica no puede ser discutida. Pero pecó lastimosamente en su concepción y en su gestión diplomática. Después de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas, a pesar de la restauración, la monarquía en sus antiguas formas estaba ya de capa caída; no quedaba subsistiendo sino en Rusia y en Turquía. En el resto de Europa, a ejemplo de Inglaterra, la marcha de la democracia, más o menos lenta, era incontenible. Sólo quedaban ciertos nombres y ciertas formas por tradición secular. No era pues la ocasión ni la oportunidad de trasplantar a la América nueva y liberada, prácticas y conceptos ya en decadencia y contrarios al impulso que había conquistado la independencia. ¿Importar un sucedáneo de Fernando VII? ¿Entonces para que habría servido el dilatado y heroico esfuerzo de la guerra?

Fuera de eso, los tronos son muy costosos para que gocen de cierto prestigio, y estos países eran paupérrimos. Además, un trono no se sostiene sino sobre columnas aristocráticas, y las aristocracias no se crean sino al través de los siglos, a cambio de grandes servicios políticos, de notorios y prolongados prestigios sociales y de lenta selección racial. Sería risible crear una aristocracia con lanceros del llano y con coroneles indígenas, encumbrados la víspera por su coraje físico.

Pero tal concepto y tal actitud de los ministros de Bolívar y de Bolívar mismo, habían sido compartidos por los directores de todos los países de Iberoamérica. El Brasil se había constituido como imperio bajo don Pedro I; México lo había ensayado con Iturbide; todos los conductores argentinos, San Martín, Belgrano, Pueyrredón, Rivadavia y otros, buscaron y preconizaron la monarquía; en Chile, el dictador O'Higgins intervino en planes monárquicos y le pidió al

Senado un príncipe; en el Perú la aristocracia quería rey; en el Ecuador, Flórez implantó un régimen esencialmente personal y más tarde fue a negociar la reconquista de ese noble país, que no era su patria, por la monarquía española; en Venezuela, Páez, Mariño, Peña, Caravaño, Antonio Leocadio Guzmán, Urbaneja, Ibarra y otros, en dos ocasiones y de manera formal le ofrecieron a Bolívar la corona de emperador, que en tal forma y como cosa de esos paisanos suyos, rechazó secamente; en Colombia, aquel gabinete bolivariano adelantó negociaciones para adquirir un príncipe en Europa.

En toda esa inmensa extensión de la América Latina, entre los grandes conductores de los pueblos, Santander sólo se mantuvo convencido y erecto ante esa avalancha continental que se desató contra la idea republicana y democrática. Con ello adivinó Santander el principio de vida y el futuro de esta América, bebió su savia y se apegó a su entraña, y por ello fue el más vidente de sus grandes hijos y será por ello el hombre del futuro, porque América está conquistada ya y unificada para la república, y será el refugio seguro e inexorable de la democracia universal.

El ilustre don Gonzalo Bulnes, uno de los dos grandes historiadores chilenos, cuya memoria venero, me decía alguna vez en Santiago: "En esta América, en varias cosas, Santander nos abrió la puerta y nos mostró el camino."

He abusado del general Santander y de vuestra paciencia; permitidme para terminar un recuerdo personal. La benemérita Academia Nacional de Historia, encargada con tanto celo y eficacia de velar en el santuario de las glorias patrias, quiso alguna vez incrustar en los muros del Salón Elíptico del Capitolio Nacional una lápida conmemorativa del Hombre de las Leyes, en desagravio de notorias ingratitudes que en la eternidad no lo afectarán, como no lo afectaron en vida, y aquel ilustre instituto, con su inagotable generosidad para conmigo, quiso que yo inaugurara esa memoriosa piedra, y al hacerlo hube de decir:

"En esta hora histórica y en este sitio señalado, se graba en lápida perenne, como lo hicieran griegos y romanos, el nombre augusto de la sustantiva y característica figura de quien abrió las Termópilas de Paya, decidió la batalla de Boyacá, organizó la victoria, extrajo de la nada ingentes recursos para auxiliar y asegurar el éxito de las campañas del Libertador en Venezuela, Ecuador y Perú, obtuvo el reconocimiento de la independencia colombiana por las naciones extranjeras, solucionó el problema difícil y delicado con la Santa Sede, fundó el imperio de las leyes, fomentó como ninguno otro la instrucción del pueblo, echó los fundamentos de la hacienda sana y de la administración eficaz, paralizó la más genial, poderosa e irresistible tendencia personalista de la América, sustituyéndola por la voluntad soberana de la nación; de quien, habiendo sido hombre de guerra, consagró el culto de la paz y supo imprimir en el alma del país y en el carácter colombiano las virtudes de civismo, de lega-

lidad, de decoro, de respeto a la opinión pública y a los derechos individuales que nos enorgullecen y nos distinguen en América.

“En una palabra, Santander, que fue un hombre de Estado, de realizaciones positivas, supo incrustar en el alma nacional lo que hoy, al través de no pocas vicisitudes, se está realizando en el hecho, el lema del escudo colombiano *Libertad y Orden*. Libertad sujeta a la ley, y orden tan sólo como fruto de respeto a la regla que la nación misma libremente sepa imponerse. El Hombre de las Leyes condensó la significación de su obra en la frase lapidaria que míster Charles Hughes estima que debe grabarse en el portal de todos los capitolios americanos y en el corazón de todos los patriotas: “Las armas os han dado independencia; las leyes os darán libertad.”